

Las casas y las torres se están derrumbando, las calles arden y ruidosos truenos y relámpagos irrumpen en el que era un tranquilo cielo azul. Él corre en dirección opuesta al resto de personas, que huyen despavoridas hacia la salida de la ciudad. Él se dirige a la Plaza Carlos Castel, el centro del problema.

. . .

–No vendrá –dice uno –. Le dará demasiado miedo.

–Nosotros somos su miedo. Todo esto lo es– dijo otro abriendo los brazos.

–Podría intentar arreglarlo de otra forma.

–Oh, pero no lo hará. Viene directo hacia aquí. Él sabe que ya es hora de enfrentarse a nosotros. Pero no tiene ni idea de que también es el momento de que todo esto caiga.

. . .

Estaba enfrente de todos ellos. Sus mayores miedos convertidos en personas. Nadie podría haber dicho qué representaba cada uno, pues parecen gente normal, pero él sí los reconoce: la oscuridad, la soledad, el maltrato, la depresión y el caos. Y alrededor de todos ellos su mundo reduciéndose a cenizas.

Se obligó a parecer seguro de si mismo.

–Parad. No tenéis derecho a hacer todo esto.

Ellos esbozaron una sonrisa.

–Pero si lo hacemos para ayudarte –dijo el caos.

–Eso dicen siempre.

–¿No te das cuenta de lo que conseguirías si dejas que destruyamos todo esto?  
–dijo la oscuridad.

–Sí, me quedaría sin un hogar de verdad. Y no pienso permitir que eso pase.

–Muy bien, –dijo el caos– tú lo has querido.

Un fuerte temblor se expandió desde la plaza, por toda la ciudad y abrió unas cuantas grietas semejantes a ríos.

–¡No! –exclama él.

Pero ya era tarde. Todo se empezó a derrumbar. Uno por uno todos los edificios que al principio le habían parecido pura fantasía ahora habían desaparecido de la superficie y caído en el más oscuro de los vacíos.

Se giró con una mirada enfurecida hacia los miedos y, sorprendido, vio cómo sus caras reflejaban... tristeza. Después, él también cayó.

. . .

–¿De verdad era tan necesario?

–Había empezado a depender demasiado de su mundo. Si no poníamos fin a esto, nunca habría empezado a vivir de verdad. Así también habrá madurado, ha dejado atrás su escudo. Ha estado demasiado tiempo escondido.

–Puede que si hubiéramos permitido que se quedara..., tal vez habríamos hecho más por él.